

La actualidad de un santo contemporáneo

José M. Tojeira

Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”

San Salvador, El Salvador

Desde un pensamiento superficial, relativamente extendido, la santidad se refiere únicamente al ámbito privado de las personas religiosas y a su práctica de virtudes individuales. Oficialmente, hay mártires de la castidad o personas declaradas santas por su caridad o por su oración. Pero, en la práctica, no encontramos oficialmente mártires o santos llegados a esa calificación, por su entrega y defensa de la doctrina social de la Iglesia, en sus aspectos estructurales. En 1989, después de la masacre de los jesuitas y sus dos colaboradoras en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, el cardenal Silvestrini insistió en que “hay que llamarlos mártires ya, no podemos esperar cincuenta años”. Y añadió que eran mártires de la doctrina social de la Iglesia.

Los tiempos no eran los oportunos en aquel momento, hubo que esperar a que Mons. Romero abriera la puerta de ese estilo de santidad. Porque, efectivamente, el caso de Mons. Romero abre nuevas dimensiones al respecto. Su muerte martirial y su santidad personal trascendieron muy pronto a lo público y lo han convertido en un nuevo modelo de santidad, paradigma de responsabilidad social y de acción transformadora del mundo en que vivimos. El proceso de reconocimiento comenzó a abrirse paso más allá de las fronteras eclesiales, ya que dentro de la Iglesia encontró obstáculos. Con menos trámite burocrático y menores procesos de discernimiento, otras iglesias cristianas, como la anglicana y la luterana, así como instituciones laicas internacionales, fueron señalando aspectos de este nuevo estilo de santidad, tan necesario para el mundo actual.

En efecto, el 21 de diciembre de 2010, la Asamblea General de las Naciones Unidas declaró el 24 de marzo como el “Día internacional para el derecho a la verdad en relación con las violaciones graves de los derechos humanos y para la dignidad de las víctimas”. En el sitio web de Naciones Unidas se añade que “con dicho Día internacional, rendimos homenaje cada año a la memoria

de Monseñor Óscar Arnulfo Romero, asesinado el 24 de marzo de 1980”. El día trata, según palabras de Naciones Unidas, de promover la memoria de las víctimas, resaltar la importancia del derecho a la verdad y la justicia, honrar a quienes defienden los derechos humanos o han muerto defendiéndolos, y reconocer en particular el trabajo y los valores de Mons. Romero, en defensa de la dignidad y los derechos de los más vulnerables. Finalmente, invita a seguir el ejemplo pacifista y profundamente humano de Mons. Romero, calificando como ejemplares “sus llamamientos constantes al diálogo y su oposición a toda forma de violencia para evitar el enfrentamiento armado [que] le costaron la vida el 24 de marzo de 1980”¹. Si existiera un canon laico de comportamiento humano ejemplar, podríamos decir que Naciones Unidas lo habría canonizado antes que la Iglesia.

Teniendo en cuenta la repercusión universal de su labor y su dedicación evangélica a las víctimas de las confrontaciones sociopolíticas, tanto en El Salvador como a nivel universal, decir que san Óscar Romero es un santo para el tiempo actual resulta evidente. Santo en su época histórica, tan cercana al concilio Vaticano II y a los documentos de Medellín y de Puebla, y santo para nuestro tiempo actual, en el que ha crecido con fuerza la conciencia de la necesidad de luchar contra el sufrimiento humano, especialmente cuando somos los seres humanos, nuestras decisiones o nuestras propias estructuras sociales y culturales, las que causan ese sufrimiento a nuestros congéneres. Las palabras de Romero impactaron y dieron esperanza especialmente a los pobres y a todas las personas de buena voluntad. Quienes se le acercaron en aquellos años trágicos, admiraban y proclamaban su valentía profética y su solidaridad permanente con las víctimas, su propuesta sistemática de paz y respeto a los derechos de los más pobres y marginados. Hoy continúa impactando también su testimonio personal de sencillez y pobreza, pues vivió en un humilde apartamento en el Hospital de la Divina Providencia, donde lo acogieron unas religiosas carmelitas, que cuidan enfermos terminales de cáncer.

Si bien la Palabra del Señor y los documentos eclesiales amparaban la opción evangélica de Mons. Romero de defender a las víctimas de la historia, no todos los cristianos salvadoreños estaban en sintonía con él en ese momento. El ambiente conservador, predominante en un buen número de obispos y en algunos sacerdotes, fue sin duda la causa de que la libertad y la profecía del obispo entraran en clara confrontación no solo con los opresores y violadores de derechos humanos, sino también con algunos de sus hermanos en el episcopado. Mons. Pedro Aparicio, obispo de San Vicente, diócesis vecina de San Salvador,

1. Naciones Unidas, “Día Internacional del Derecho a la Verdad en relación con Violaciones Graves de los Derechos Humanos y la Dignidad de las Víctimas, 24 de marzo”. Disponible en <https://www.un.org/es/observances/right-to-truth-day>.

no dudó en decirle, en medio de discusiones en la conferencia episcopal, dos años antes de que mataran a nuestro mártir: “Usted está dividiendo al país y ha confundido a la nación”². Otros, sacerdotes y obispos, achacaban a Mons. Romero una personalidad débil que repetía lo que le decía un grupo de sacerdotes y religiosos, quienes lo tenían prácticamente secuestrado en las oficinas del arzobispado y le habían lavado el cerebro.

Por si esto fuera poco, cuatro obispos salvadoreños escribieron a Roma para acusar a Mons. Romero de estar bajo el dominio de una supuesta “ideología de la Iglesia popular”, contraria a la recta doctrina eclesial. “El arzobispo no solo la permite, sino que él mismo demuestra con su actitud, y más de una vez en sus homilías, que él mismo está inficionado por aquella ideología”³, decían los cuatro denunciante, casi declarándolo un hereje. Dado este contexto, no es raro que el proceso de canonización de Mons. Romero caminara despacio y que su valía humana y su radicalidad evangélica fueran reconocidas oficialmente antes por otras iglesias y por las Naciones Unidas. Fue a inicios del siglo XXI cuando la Iglesia anglicana colocó en uno de los pórticos de la abadía de Westminster la imagen de Mons. Romero, junto a la de otros nueve mártires del siglo XX. La novedad de la santidad de Romero se iba abriendo paso, más allá de una tradición que dejaba la doctrina social de la Iglesia para el escaparate de las doctrinas y que se negaba a pensar que en sociedades cristianas pudiera haber odio a la fe o a las actitudes y obras que se desprenden de ella.

En el sínodo de los obispos de 2003, dedicado a la función episcopal, se habló de Mons. Romero y comenzó a aclararse el horizonte. El cardenal Gregorio Rosa Chávez expuso las cualidades de nuestro hoy san Romero. Juan Pablo II, en la exhortación apostólica *Pastores gregis*, recogió el sentir de los obispos reunidos en Roma e hizo una definición de obispo ante los retos de la contemporaneidad que ayudó a vislumbrar el nuevo estilo de santidad. El papa definió la situación como un mundo donde se daba con demasiada fuerza una “guerra de los poderosos contra los débiles”, la cual producía “disonancias estructurales muy fuertes”, agravando día a día la situación de los marginados. En este contexto, el camino de Jesús era el ejemplo para todos, pues vino “para anunciar la libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor (Lc 4,16-21)”, y para enseñarnos “que la esperanza cristiana está íntimamente unida al celo por la promoción integral del hombre y la sociedad”. Por eso, ante las situaciones de injusticia, decía el papa, el obispo “es defensor de los derechos del hombre [...] asume la defensa de los débiles [...] es defensor y padre de los pobres, se preocupa por la justicia y los derechos humanos, [y] es portador de

2. J. Brockman, *La palabra queda. Vida de Monseñor Óscar A. Romero*, p. 173 (San Salvador, 2015).

3. *Ibidem*.

esperanza”. Y en una frase que nos recuerda directamente a Mons. Romero, concluye diciendo que el obispo debe convertirse en “la voz de quien no tiene voz para hacer valer sus derechos”⁴. Una dimensión de santidad sociopolítica se abría paso en el pensamiento de la Iglesia.

Benedicto XVI, aún presionado por los cardenales de la curia romana, claramente opuestos a la beatificación de Mons. Romero, inició el desbloqueo del proceso de canonización y el papa Francisco lo impulsó y lo aceleró. En 2015 llegó al fin su beatificación y en 2018, su canonización. Abierta la puerta de un nuevo modelo de santidad con dimensión personal, social y política, muy pronto le siguieron en la beatificación otros mártires, también de El Salvador, como Rutilio Grande, jesuita, sus dos compañeros laicos, y Cosme Spessotto, franciscano. Otros casos latinoamericanos se van abriendo camino.

La existencia de mártires en sociedades cristianas, donde el odio a la fe era prioritariamente político, aunque tuviera también connotaciones religiosas, se abría paso después de un largo proceso, en el cual la dimensión sociopolítica del cristianismo había provocado fuertes encontronazos en la vida eclesial latinoamericana y mundial. Antes de pasar a otros aspectos de la vida de Mons. Romero, que nos muestran caminos de responsabilidad para los tiempos que vivimos, reflexionaremos brevemente sobre la santidad política, capaz de generar repudio e incluso persecución por parte de algunos sectores cristianos.

1. La santidad política

Calificar como política a formas de santidad de profunda actualidad puede ser desconcertante, en un primer momento. Pero en una sociedad donde las estructuras sociales tienen un enorme peso sobre la conciencia de las personas, y donde el poder, el tener y el placer ejercen una poderosa influencia en ellas, sustituyendo de un modo secular a las divinidades antiguas, el cristianismo tiene, necesariamente, repercusiones políticas. Aunque esa no fuera la única, ni probablemente la razón fundamental, las persecuciones de los primeros siglos de nuestra era tuvieron también una dimensión política. Los emperadores, el César como persona y como institución, estaban prácticamente divinizados. Los dioses les habían encomendado ejercer su señorío sobre la historia y, en consecuencia, merecían el respeto debido a los seres con un halo de divinidad. El poder imperial estaba claramente divinizado. Y así, en el siglo III, los cristianos podían librarse de la persecución si confesaban ante una estatua del César su señorío sobre la historia. Los cristianos tenían la fe y la convicción radical de que el único señor de la historia es Jesús el Cristo. Frecuentemente, preferían morir a adherirse al César,

4. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Pastores gregis*, 66-67.

confesando su señorío. Por eso, en ciertos momentos, los césares no aceptaron a los cristianos en sus ejércitos y estos veían mal que un convertido tomara la profesión de las armas. Aunque las razones para las persecuciones fueron múltiples y diversas, no hay duda de que el dominio divinizado de la historia, que se atribuían los emperadores, fue un motivo de confrontación y choque, especialmente en el siglo III, la época más dura de las persecuciones y también la de mayor crecimiento del cristianismo, en particular, en los periodos de paz.

Hoy, si tomamos en serio no solo el evangelio, sino también la doctrina social de la Iglesia, los choques con ideologías y poderes seculares pueden surgir con facilidad. Colocar a la oveja perdida por encima de las 99 dóciles y concentradas en el templo, puede no gustar a la mayoría, si la conversión no es la adecuada. Que el pobre sea objeto de opciones preferenciales ofende con frecuencia a quien, desde su comodidad, incluso desde sus aportes a la beneficencia, se considera, como el hijo mayor de la parábola evangélica, superior y con más derechos que el que llega sin nada a la puerta de la comunidad. Si el destino universal de los bienes se tradujera en medidas concretas, orientadas a superar las graves diferencias entre los países pobres y los ricos, habría fuertes tensiones. Basta observar las resistencias de los países ricos para destinar un porcentaje significativo de su producto interno bruto a la ayuda internacional. La prioridad del trabajo sobre el capital, llevada al campo impositivo, en beneficio de los trabajadores, para financiar la seguridad social, la salud y la educación, no es aceptada fácilmente por las sociedades cristianas.

La insistencia de los santos padres en que “cuando cubrimos las necesidades de los indigentes, les estamos devolviendo sus cosas, no regalando lo nuestro; más que realizar una obra de misericordia, cumplimos con una deuda de justicia”⁵, no es la actitud más extendida, incluso entre quienes se consideran generosos. La afirmación del papa Francisco de que “el derecho de algunos a la libertad de empresa o de mercado no puede estar por encima de los derechos de los pueblos, ni de la dignidad de los pobres, ni tampoco del respeto al medio ambiente”⁶, no es una tendencia en el pensamiento de las grandes compañías mineras, por poner un ejemplo, especialmente relevante en el tercer mundo.

En otras palabras, más allá de la vida virtuosa individual, hay una dimensión del amor cristiano que lleva a enfrentarse con el abuso del débil, a defender lo que llamamos justicia social, entendida como la acción de “igualar de hecho a todos los seres humanos en lo tocante a los derechos de humanidad”⁷. En

5. Gregorio Magno, PL 77, 87.

6. Papa Francisco, Encíclica *Fratelli tutti*, 122.

7. La frase entrecomillada corresponde a la primera mención y definición del concepto de justicia social. Ver Luigi Tapparelli, *Ensayo teórico del derecho*

nuestra época, el dinero, el poder, la fama y el prestigio, así como el placer egoísta, que traslada el consumo incluso a las relaciones humanas, adquieren tintes de un absoluto que recuerda la veneración a antiguas divinidades paganas. Oponerse a las idolatrías contemporáneas puede ser considerado como algo trasnochado, pero en terrenos donde la idolatría del dinero y del poder está presente, la oposición o la denuncia llevan a la persecución, al intento de la descalificación personal y, en algunos casos, incluso a la muerte. El encarcelamiento en Nicaragua del obispo de Matagalpa, Mons. Rolando Álvarez, muestra lo complicado que puede ser defender a los pobres y sus derechos en una dictadura. La lucha social con frecuencia despierta en algunos sectores cristianos una especie de miedo al odio y a la violencia, y a la inacción o a la toma prudente de tantas precauciones, que la palabra se vuelve inoperante e intrascendente. Solo los nuevos mártires acaban abriéndonos los ojos.

Dietrich Bonhoeffer, Martin Luther King, Mons. Romero y tantos otros acaban santificando compromisos y acciones que muchos no nos atrevíamos a ver como caminos de santidad. Pero este tipo de santidad está claramente enraizado en la tradición martirial antigua, profética, resistente, enemiga de las idolatrías y creyente en Jesús como Señor de la historia. Simultáneamente, esta santidad nos resulta novedosa, porque no se persigue la confesión de la fe, sino su capacidad crítica y la confrontación con los poderes establecidos. Espiritualizar demasiado el martirio puede llevar a no ver la fuerza de la santidad política, tan indispensable para enfrentar los problemas estructurales del mundo en el que vivimos. El teólogo luterano J. Moltmann nos advierte que “las iglesias que olvidan a sus mártires políticos están en peligro de acomodarse a la religión política de la sociedad en que viven”⁸.

La tentación de toda religión es convertirse en un instrumento de justificación de lo existente y lo dominante. Los mártires nos hablan siempre desde otra dimensión y cuestionan el poder que oprime o que se coloca por encima de la dignidad humana. De este estilo evangélico y profético de Mons. Romero y de otros como él, podemos entresacar algunas líneas de compromiso evangélico, que nos ayuden a incidir en el mundo y la cultura contemporánea.

2. El discernimiento y la elección

Si algo llama la atención en Mons. Romero es el salto de una posición religiosa tradicional a un compromiso profético, inundado de libertad evangélica. Tanto que se ha hablado de una especie de conversión, especialmente tras el

natural fundado sobre los hechos (Madrid, 1866).

8. J. Moltmann, *La Iglesia, fuerza del Espíritu*, p. 118 (Salamanca, 1978).

asesinato del P. Rutilio Grande, jesuita párroco de Aguilares, una ciudad cercana a San Salvador, y amigo personal de Mons. Romero. Aunque el cambio del arzobispo fue notable desde que asumió su cargo, a mi juicio fue fruto del discernimiento. Ya antes de llegar a San Salvador, estaba muy preocupado por la violencia político-social, que venía agravándose en los años precedentes a su nombramiento. En su pequeña diócesis de Santiago de María había ocurrido una masacre de campesinos, atribuida a sectores militares y a escuadrones de la muerte. Sus peticiones de investigación y justicia habían caído en el vacío. Dos sacerdotes habían sido deportados y maltratados poco antes de que tomara posesión de la arquidiócesis de San Salvador. La represión militar se iba generalizando y las protestas contra unas elecciones presidenciales marcadas por el fraude estaban siendo reprimidas a balazos. Al tomar posesión de la arquidiócesis, Mons. Romero pidió apoyo a los sacerdotes abiertos a las líneas del concilio Vaticano II y de los documentos de los obispos latinoamericanos reunidos en Medellín. Sabía, en definitiva, que solo no podría enfrentar una situación tan compleja y, mucho menos, apoyando una violencia represiva, cada día más intensa y cruel.

Sin restarle importancia al fuerte impacto que le causó el asesinato del P. Grande, el cambio de Mons. Romero ocurre, justamente, cuando se combinan la corrupción, el fraude electoral y la represión sangrienta de las críticas y las protestas pacíficas, tanto de la sociedad civil y política como desde la Iglesia. De la prudencia y la cautela ante situaciones complejas, la tendencia que hasta entonces había caracterizado a Mons. Romero, el pastor pasa a defender la vida de sus ovejas. Si en un primer momento tuvo miedo de que la denuncia profética apoyara ideologías que él no compartía o contribuyera a aumentar los niveles de violencia existente, la creciente represión estatal lo convence de que debe ponerse del lado de las víctimas con toda la fuerza de la palabra profética. La elección por el Cristo crucificado y resucitado, que continuaba clavado en la cruz de las víctimas y los pobres a quienes se negaban los derechos básicos, lo llevó a enfrentar proféticamente a los poderes que continuaban multiplicando el sufrimiento.

Hay un momento de discernimiento en el que la aceleración de las políticas represivas, unidas al asesinato de Rutilio Grande, lleva al hoy san Romero, precisamente cuando estaba tomando posesión de la arquidiócesis de San Salvador, a priorizar el ejercicio de la profecía como parte de su responsabilidad pastoral. Profecía no solo como manifestación de la verdad y denuncia de la injusticia y la violencia, sino también como análisis de las causas de la violencia.

En su tercera y en su cuarta cartas pastorales, identificaba las causas de la violencia en el país, a partir de una triple idolatría: la de la riqueza, la del poder y la de la organización. Esta última, con matices. Por un lado, valoró positivamente la organización popular para conseguir la justicia. Pero, ante los

abusos de las organizaciones, enfatizó que estas no estaban por encima de los derechos a la integridad y la vida personal. El análisis de las causas lo llevó a sacar conclusiones sobre la violencia, que luego relacionó con el evangelio y su exigencia de optar por los pobres. Por eso, no dudó en afirmar que

los conflictos violentos no desaparecerán hasta que no desaparezcan sus últimas raíces. Por tanto, mientras se mantengan las causas de la miseria actual y se mantenga la intransigencia de las minorías más poderosas que no quieren tolerar mínimos cambios, se recrudecerá más la explosiva situación. Por tanto, la construcción de la justicia social es la tarea más urgente⁹.

Esa urgencia ante una realidad histórica condenada al fracaso fue la que despertó su pastoral profética. Reflexionando sobre sí mismo, Mons. Romero decía en su diario:

Lo que sucedió en mi vida sacerdotal, he tratado de explicármelo como una evolución de mi mismo deseo que siempre he tenido de ser fiel a lo que Dios me pide; y si antes di la impresión de ser más “prudente” y “espiritual”, era porque así creía sinceramente que respondía al evangelio, pues las circunstancias de mi ministerio no se habían mostrado tan exigentes de una *fortaleza pastoral* que en conciencia creo que se me pedía en las circunstancias en que asumí el arzobispado¹⁰.

Podemos decir, citando al P. Rodolfo Cardenal, que “el ministerio episcopal no lo sacó de la historia, sino que lo introdujo en sus encrucijadas, ahí donde se decidía la vida y la muerte del pueblo. El Espíritu Santo lo llevó a ocuparse de la política para transformar la historia de perdición en historia de la salvación y así luchó por salvar la historia de El Salvador”¹¹. La muerte martirial de Rutilio Grande, tan unido pastoralmente con el pueblo de Dios, fue más una confirmación de la necesidad de una pastoral profética, que una primera sacudida que lo obligara a un cambio brusco de opciones.

En el momento histórico que vivimos, el discernimiento resulta indispensable no solo para cada uno de nosotros como personas, sino también para las instituciones, que desde su inspiración cristiana o humanista pretenden incidir en el mundo. Frente a la desigualdad injusta, frente a la pobreza de millones de

9. Ó. A. Romero, *Tercera carta pastoral. Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país*. San Salvador, 6 de agosto de 1978.

10. Ó. A. Romero, *Monseñor Óscar A. Romero. Su diario*, p. 182 (San Salvador, 2000).

11. R. Cardenal y J. M. Tojeira, “El discernimiento en Monseñor Romero. Influencia de la espiritualidad ignaciana”, *ECA*, 755 (2019), 809-828.

personas o frente a las guerras, la lucha contra el sufrimiento humano debe ser siempre una opción básica. No es legítimo multiplicar víctimas para supuestamente salvar valores. Ni podemos permanecer indiferentes ante lo que el poder considera daños colaterales, porque la guerra no es nunca un valor superior a la vida humana de los no combatientes. Con razón el papa Francisco ha pedido insistentemente detener la guerra provocada por la invasión rusa en Ucrania, para negociar la paz sin aumentar las víctimas y sin la presión de la espiral competitiva de la violencia, generada por la misma guerra.

Tradicionalmente, la Iglesia ha insistido en la creación de una nueva civilización. La cultura de la proximidad (o del prójimo), el camino del buen samaritano, es un principio permanente de discernimiento para quienes han participado en el descubrimiento de la necesidad y del dolor ajeno como una fuente de crecimiento personal y social. Mons. Romero es un ejemplo de discernimiento, que llega hasta lo que Jesús de Nazaret proponía como camino de la salvación: “Ámense unos a otros como yo los he amado” y “Nadie ama más que el que da la vida por el amigo” (Jn 15,12-13). Dos frases profundamente interconectadas, cuando el amigo, el prójimo, está bajo una amenaza grave y en extrema vulnerabilidad. Las palabras de Mons. Romero no nos dejan duda al respecto:

Nada me importa tanto como la vida humana. Es algo tan serio y profundo, más que la violación de cualquier otro derecho humano, porque esa sangre no hace sino negar el amor, despertar nuevos odios, hace imposible la reconciliación y la paz. ¡Lo que más se necesita hoy aquí es un alto a la represión!¹²

Palabras que volvería a pronunciar una semana después, con un tono más apremiante, en la víspera de su muerte: “¡cese la represión!”. La brutalidad de las guerras y el cristianismo no son realidades compatibles, aunque los cristianos hayamos caído históricamente en serias contradicciones.

3. La resistencia y la fortaleza

Santo Tomás de Aquino afirma, en la *Suma Teológica*, que la fortaleza es la virtud propia del martirio. En la tradición martirial se había insistido en una palabra griega, usada con frecuencia en el Nuevo Testamento, *hypomone*, que san Jerónimo traduce en la *Vulgata*, a veces, como paciencia y, a veces, como perseverancia. El sentido original de la palabra habla más de permanencia firme en lo que se cree o se es, en medio de las dificultades o de situaciones gravemente adversas. Así la usa san Pablo en sus cartas, dándole un claro tinte de

12.. Ó. A. Romero, “Homilía”, 16 de marzo de 1980.

resistencia en el bien, cuando el mal ataca. No es raro, entonces, que el Aquinate dijera textualmente que “pertenece a la racionalidad del martirio permanecer firmemente en la verdad y en la justicia frente al ímpetu del perseguidor”¹³. La resistencia y la fortaleza de Mons. Romero se mostraban permanentemente en su palabra y su defensa de los pobres, incluso en medio de la incomprensión de una buena parte de la propia Iglesia jerárquica.

Y no era para menos. Impresiona escuchar cuando decía:

A mí me toca ir recogiendo atropellos, cadáveres y todo eso que va dejando la persecución de la Iglesia. Hoy me toca venir a recoger, en esta iglesia, en este convento profanado, un sagrario destruido y sobre todo un pueblo humillado, sacrificado indignamente. Por eso, al venir, finalmente —porque quise estar con ustedes desde el principio y no se me permitió—, hermanos, les traigo la palabra que Cristo me manda decirles: una palabra de solidaridad, una palabra de ánimo y de orientación y, finalmente, una palabra de conversión¹⁴.

Mons. Romero decía esto el 19 de junio de 1977, prácticamente dos meses después del asesinato del P. Rutilio Grande y de sus dos compañeros mártires, y un mes después del asesinato del P. Alfonso Navarro, de la profanación del templo parroquial de Aguilares, del asesinato del sacristán y de la deportación de los tres jesuitas que vivían en la casa cural. Un poco más tarde, en octubre, siempre reflexionando sobre la realidad, Mons. Romero comentó sobre la fuerza del martirio, en los términos siguientes: “El hecho es que cuando quisieron apagar la voz del P. Grande para que los curas tuvieran miedo y no siguieran hablando, han despertado el sentido profético de nuestra Iglesia”¹⁵. El discernimiento sobre la realidad era permanente y la resistencia y la fortaleza crecían aun en medio del dolor y la represión.

Dos años después, en 1979, otros tres sacerdotes fueron asesinados, todos ellos del clero secular, en circunstancias diversas. En ese contexto, en una de sus homilias, comentó que “sería triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente, no contáramos entre las víctimas a los sacerdotes. Son el testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo. Así son las fiestas de la Iglesia. Con sangre de martirio, con esperanza de cristianismo”¹⁶. Sabía que el siguiente podía ser él, pues ya había recibido amenazas y advertencias. En algunos momentos, sentía un miedo natural. Cuando visitaba las parroquias, prefería ir

13. T. de Aquino, *STh II-II*, q. 124, art 1.

14. Ó. A. Romero, “Homilía”, 19 de junio de 1977.

15. Ó. A. Romero, “Homilía”, 9 de octubre de 1977.

16. Ó. A. Romero, “Homilía”, 24 de junio de 1979.

solo, porque no quería que otra persona sufriera un atentado junto con él. Pero resistía en su parresia y en su pastoral profética, puesta su confianza en Dios.

Las presiones contra su mensaje profético y solidario con los pobres fueron grandes. Incluso Roma lo presionó, temerosa de que la defensa de los pobres fuera utilizada por las tendencias procomunistas de algunas de las organizaciones populares. Frente a la insistencia romana de caminar en unidad con la conferencia episcopal, dominada por obispos de talante altamente conservador y progubernista, en su diario escribió, pocos días antes de su muerte: “Estoy dispuesto a ceder por el bien de la paz, pero nunca mis convicciones de fidelidad al evangelio y a las líneas nuevas de la Iglesia y a mi querido pueblo”¹⁷.

En la actualidad, la fidelidad al evangelio no es fácil, cuando el individualismo consumista y la prioridad de los intereses personales nos invaden, cuando desde las redes sociales recibimos estímulos y ataques de todo tipo y cuando la postverdad deforma la realidad para convertirla en propaganda. Hoy, las noticias falsas pueden adquirir el título de verdades absolutas, revestidas en ocasiones de un poder casi imperial.

El apóstol Pablo, que experimentaba que el Señor se había hecho pobre para enriquecernos con su pobreza (2 Cor 8,9), sabía que sus cualidades acumuladas, fariseo y conocedor de la Biblia, grecoparlante, ciudadano romano y con un oficio que le facilitaba viajar, podía considerarlas basura al lado del conocimiento y la conversión a Cristo Jesús (Fil 3,7-8). Resistir en la verdad del Señor Jesús, en su generosidad y en su amor, vivir desde su amor la opción preferencial por los pobres de este mundo, defender a las víctimas de un poder que se ensalza a sí mismo y se cree capaz de clasificar a los seres humanos como superiores o inferiores, requiere de una fortaleza que los cristianos solo podemos encontrar en la gracia de nuestra propia conversión permanente y en el seguimiento del Señor.

4. La alegría de la cruz

Pensar que la cruz puede deparar algún tipo de alegría es muy difícil. Evidentemente, los cristianos, a partir de la resurrección del Señor, podemos decir incluso “¡feliz la culpa que mereció tal Redentor!”¹⁸. Pero, en el día a día, la alegría de la cruz solo es posible si estamos convencidos de que la debilidad puede derrotar al poder, que la paz siempre es más importante que la guerra, que ser esclavo de los demás es más importante que dominarlos. Mons. Romero era de las personas convencidas de las palabras evangélicas que invitan a seguir al Maestro, que no vino a ser servido, sino a servir. Ante la prepotencia del

17. Ó. A. Romero, *Su diario*, o. c., p. 456.

18. Liturgia pascual, Pregón pascual.

dinero y de las armas, de la llamada razón instrumental y del conocimiento puesto al servicio del poder, Mons. Romero nos invita a profundizar en la esperanza cristiana, que puede convertir la muerte por amor al prójimo en semilla multiplicadora de bondad y de fuerza transformadora. Esta convicción ha sido constante en la tradición martirial de las iglesias. Y la vida y la entrega de Mons. Romero nos lo demuestran una vez más.

San Juan Crisóstomo, un obispo, padre y doctor de la Iglesia del siglo IV, por cierto muy parecido a Mons. Romero en sus denuncias contra el culto a la riqueza y al poder que esta conlleva, decía sobre el martirio unas palabras que fácilmente pueden aplicarse hoy al arzobispo salvadoreño:

En la guerra, caer el combatiente es la derrota; entre nosotros, eso es la victoria. Nosotros no vencemos jamás haciendo el mal, sino sufriendolo. Y la victoria es justamente más brillante, pues sufriendolo podemos más que quienes lo hacen. Con ello se demuestra que la victoria es de Dios, pues es una victoria contraria a la del mundo. Y esa es la mejor prueba de fuerza¹⁹.

Tener la seguridad de que podemos vencer al mal sufriendolo pacíficamente es, sin duda, una gracia del Señor, como lo es también el martirio, que Mons. Romero decía no merecer. Pero es al mismo tiempo una fuerza que se expande. Él mismo decía que “hay una violencia muy superior a la de las tanquetas y también a la de las guerrillas; es la violencia de Cristo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*”. Es, en definitiva, “la violencia del amor, la de la fraternidad, la que quiere convertir las armas en hoces para el trabajo”²⁰. Cuando han pasado 43 años de su asesinato, la persona acusada de la autoría intelectual de su muerte ha pasado de ser un símbolo poderoso de la derecha política salvadoreña, a convertirse en una sombra del pasado, que huele a oscuridad y olvido. El pacífico e indefenso Mons. Romero, al que se quiso arrancar violentamente de la tierra y de la memoria, brilla hoy con una luz singular.

El pacifismo esperanzado y la confianza en que la ausencia de poder material puede vencer a los poderes divinizados y con frecuencia brutales de este mundo, nos lleva siempre a trabajar desde abajo, desde el diálogo con los humildes y sus necesidades, y desde dentro de los problemas, sufriendolos. Mons. Romero no era un maestro que, desde su cátedra lejana, pontificara sobre la verdad y la moral. Caminaba con los pobres, amaba a los sencillos, disfrutaba

19. J. Crisóstomo, *Homilias sobre san Mateo*, II, p. 161 (Madrid, 2007).

20. Ó. A. Romero, “Homilía”, 21 de enero de 1979; y “Homilía”, 27 de noviembre de 1977.

con la cercanía humana y sufría con el dolor ajeno. Y desde ahí, movido por el evangelio, impulsaba la transformación de la sociedad hacia la justicia y hacia esa amistad social de la que habla el papa Francisco en su encíclica *Fratelli tutti*.

La Iglesia, aun con la semilla de la santidad en su esencia, es siempre pecadora. Y toda institución que acumula poder, acumula también una cierta soberbia de la vida. Mons. Romero lo sabía y reconocía también sus errores y el peso estructural que pudieran tener en la vida eclesial. Lo reconoce en su diario y se lo reconoció a sus consejeros, cuando les dijo que “por deficiencias de mi carácter, puedo causar a veces resentimiento o divisiones”. Pero al mismo tiempo que les daba la razón, añadía que ese “había sido uno de los puntos de mi examen en el ejercicio espiritual de la semana pasada y que traía el propósito de que, con su ayuda, procuráramos trabajar más unidos [...] y que mutuamente nos corrigiéramos”²¹, para que el trabajo en equipo fuera más eficaz.

Si en algo podemos centrar la alegría de la cruz, es en el hecho de que, a lo largo de nuestra historia cristiana, y aun con todos nuestros pecados a cuestas, algunos de ellos terribles, tenemos una larga y abundante lista de testigos creíbles de la resurrección. Mons. Romero es uno de ellos y, para muchos de nosotros, en grado eximio. De nuevo san Juan Crisóstomo, quien decía que

la prueba realmente más fuerte de la resurrección de Cristo es que, habiendo sufrido muerte violenta, muestra tanto poder después de ella, que persuade a los hombres vivos a que desprecien, por confesarle a él, la patria, la familia, los amigos, los parientes y la misma vida; y a preferir a los placeres presentes los azotes, los peligros y la misma muerte. Esto no puede ser la hazaña de un muerto que yace tendido en el sepulcro, sino obra de quien resucitó y vive²².

La identificación con el Cristo que vive en nuestros corazones y en los rostros de los que sufren marginación e injusticia, convierte a quienes dan la vida por el evangelio en testigos de la resurrección. Dicho en un lenguaje más simple, nadie da la vida por un muerto de hace dos mil años. Solo el Señor vivo y actuante en nosotros, invitándonos a tomar su cruz y a seguirlo al lado de quienes sufren violencia o pobreza, puede convertirnos en testigos de su resurrección.

Dado que las guerras son una realidad cotidiana en diversos países y con frecuencia una noticia diaria, sobre todo, si tocan nuestros intereses, nos corresponde ser constructores de la paz. Las guerras, decía un poeta, entigrecen las

21. Ó. A. Romero, *Su diario*, o. c., p. 443.

22. J. Crisóstomo, “Panegírico en honor de san Ignacio de Antioquía”, en D. Ruiz Bueno (ed.), *Padres apostólicos*, p. 267 (Madrid, 1950).

almas. Y a nosotros, seguidores de Jesús y de Mons. Romero, nos toca insistir en que las víctimas son más valiosas que la producción de armas. Asimismo, debemos confiar en que el recuerdo permanente de las víctimas, en la oración, en la solidaridad, en la denuncia y en el trabajo por la paz, puede cambiar la conciencia del mundo en el que vivimos, de ordinario demasiado ocupado en cultivar la ley del más fuerte. Parafraseando la primera carta de san Pablo a los Corintios, debemos recordar, desde el pensamiento y la reflexión, desde el diálogo, incluso desde el grito, que la locura del pacifismo y del diálogo —la locura de Dios, dice Pablo— es más fuerte que la sabiduría de los poderosos. Y que la debilidad de las víctimas —de nuevo, de Dios, siempre identificado con ellas— es mucho más fuerte que el poderío de las armas²³.

Todo acto de violencia debe ser vencido desde la razón compasiva y samaritana. Desde el abuso de la fuerza del criminal hasta la pena de muerte, desde el racismo y el machismo hasta cualquier abuso o sufrimiento de los más débiles. Las instituciones fuertes como nuestras universidades deben dedicar una buena parte de sus esfuerzos a superar, desde la inteligencia y el estudio, desde la solidaridad, la razón compasiva y el diálogo, cualquier tipo de violencia proveniente de quien se cree más fuerte o superior, ya sea una persona, un líder, un ejército o un Estado.

5. La creación de un pueblo vivo

El concilio Vaticano II insistió en considerar a la Iglesia como pueblo de Dios. Pueblo mesiánico, que tiene como cabeza a Cristo, que nos ofrece a todos la igual dignidad y libertad de los hijos de Dios, que nos pone como mandato supremo el amor con el que él mismo nos amó y que nos invita a acercar el reino de Dios a la tierra²⁴. Ese reino ha sido comenzado en la historia por el mismo Dios, que nos ama, y nosotros debemos ser sus testigos y constructores en este mundo. La sinodalidad de la que habla el papa Francisco no es sino una insistencia en la igual dignidad de todos los que caminamos hacia el reino de Dios y en la corresponsabilidad de hacer verídicas las palabras del Señor, cuando decía que “el reino de Dios está ya entre ustedes” (Lc 17,21).

San Óscar Romero fue un maestro de la sinodalidad. Caminó con todos, especialmente con los que más sufrían, con los internos del hospital de caridad para los cancerosos (la Divina Providencia), con los familiares de los desapare-

23. El texto original de 1 Cor 1,25 dice que “la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad de Dios es mucho más fuerte que la fuerza de los hombres”.

24. Estas cuatro notas de la Iglesia las describe con mayor exactitud el concilio Vaticano II, en la *LG* 9.

cidos, asesinados y perseguidos, con los que luchaban pacíficamente en favor de la justicia y la paz, y con los que eran duramente reprimidos por sus reivindicaciones. Solamente le costó caminar con algunos de sus hermanos obispos, demasiado exaltados y partidarios de soluciones militaristas para el país. En la mañana del día que lo mataron, estuvo descansando en la playa con un grupo de sacerdotes del Opus Dei. Al regresar, por la tarde, fue a confesarse con un jesuita. Y, al final del día, mientras celebraba la misa, en la capilla del hospital de cancerosos donde vivía, lo abatieron a balazos. Gente sencilla y las religiosas que cuidaban de los enfermos lo recogieron del suelo y lo trasladaron al hospital. Mons. Romero estaba, como dice Pablo, hecho a todos para ganar al menos a algunos (1 Cor 9,22).

El día antes de tomar posesión de la arquidiócesis, Mons. Romero envió una carta a los sacerdotes en la que les pedía su colaboración y les ofrecía su amistad, “el calor humano de la comprensión, del mutuo respeto y perdón” y “lo mejor de mi modesto servicio [...] siempre accesible, con sencillez de amigo a su diálogo”²⁵. Las fotografías que quedan de él lo recuerdan rodeado de gente sencilla, departiendo y tomando café con ella, una imagen que refleja claramente a “un pastor con olor a oveja”, tal como le gusta decir al papa Francisco. Aunque fueron tres años sumamente difíciles, nunca abandonó el diálogo, el anuncio del evangelio y el acompañamiento a quienes sufrían, junto con la denuncia de la violencia y el abuso. Ante la inminencia de la guerra civil, la más dolorosa que un pueblo puede vivir, por los odios y las divisiones, incluso familiares, Mons. Romero insistió en defender a los pobres y en la reconciliación.

El P. Ignacio Ellacuría, el rector mártir de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, dijo que “con Mons. Romero, Dios pasó por El Salvador”. De esa manera, enunció una verdad de fondo: Dios camina con su pueblo y no solo les envía profetas, sino también servidores, que actualizan en la historia la presencia de Jesús resucitado. Débiles, incluso pecadores, pero por la gracia del Señor, imágenes del resucitado, al vivir la cruz de una existencia comprometida con los pobres y al despertar la esperanza en un mundo más fraterno y más justo.

La sinodalidad nos habla hoy de recorrer juntos, en solidaridad mutua y sin diferencias que nos separen, el camino que el concilio Vaticano II define como peregrinación “entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz del Señor hasta que venga”²⁶. Mons. Romero es, en ese sentido, camino de una sinodalidad que no rechaza a nadie, que sabe decir a los enemigos, desde su más íntima convicción, que los perdona y los ama.

25. J. Brockman, *La palabra queda*, o. c., pp. 19 y 20.

26. LG 8.

Cuando hoy absolutizamos pensamientos e ideas que nos llevan a despreciar la conciencia de las otras personas, cuando hablamos de la voluntad de Dios como si estuviera escrita de una vez para siempre, en una realidad externa a nosotros, y cuando optamos por una especie de liberalismo moral, sujeto al capricho de la conveniencia personal, Mons. Romero nos ayuda a reconocer nuestros errores y nos indica la postura sinodal cristiana: caminar con los pobres y poner el amor al que sufre por encima de cualquier condición.

Lo único innegociable para nuestro obispo era el amor a Dios y al prójimo, en total unidad. Lo demás, aunque tengamos que respetar y amar las formulaciones básicas de nuestra fe, no puede nunca oponerse al amor. Cuando el papa actual eligió el nombre de Francisco y usó palabras o ideas de Francisco de Asís para titular algunos de sus escritos principales, tenía presente, sin duda, la norma establecida por el santo: “la regla y vida de los hermanos menores es esta: observar el Santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo”. En situaciones complejas y conflictivas, Mons. Romero nos muestra la necesidad de caminar juntos, en la incondicionalidad de la construcción amorosa y perseverante del reino de Dios, tan unido en muchas ocasiones a la cruz de una realidad que debe ser superada desde la entrega y el amor.

6. Conclusión

El recuerdo de Mons. Romero no es, ni puede ser una fiesta del pasado. Debe abocarnos siempre a la realidad en la que vivimos, encarnarnos en ella y animarnos a trabajar en la liberación del mal que la rodea. En su segunda carta pastoral, Mons. Romero nos recordaba que “Cristo fundó su Iglesia para seguir estando presente él mismo en la historia de los hombres [...] La Iglesia es entonces la carne en la que Cristo concreta, a lo largo de los siglos, su propia vida y su misión personal”²⁷. Desde la enorme diversidad de personalidades, culturas, funciones e instituciones de este “cuerpo de Cristo en la historia”, nos corresponde, con un estilo comunitario y sinodal, buscar la encarnación del evangelio en los acontecimientos y en la realidad de nuestras historias y dinámicos estructurales.

Ellacuría, al hablar de las universidades de inspiración cristiana, insistía en que eran universidades para el cambio social, cuyo centro estaba fuera de sus claustros. Al ser instituciones insertas en el mundo de la cultura, debían impulsar un nuevo estilo de civilización en la que, frente a la prioridad del capital, el trabajo fuera el centro del desarrollo humano y posibilitara el pleno

27. Ó. A. Romero, *Segunda carta pastoral. La Iglesia cuerpo de Cristo en la historia*. San Salvador, agosto de 1977.

desarrollo de las capacidades de las personas. Mons. Romero lo inspiró en la dedicación, la generosidad y la universalidad del bien, al cual debe tender siempre la actividad y la vida del cristiano y de sus instituciones. Recordar hoy a Mons. Romero solo tiene sentido si buscamos en él inspiración para transformar la historia, impulsando la novedad de los valores del reino, desde nuestra propia vocación de productores de conocimiento y creadores de cultura.

Las instituciones fuertes y, en general, las universidades lo son, tienen siempre el peligro de confiar en sus fortalezas y de moverse en el entorno del poder, sea este económico, político o cultural. La relación con ese mundo es, ciertamente, un trabajo que hay que hacer. Pero Mons. Romero nos enseña también a escuchar y a confiar en la fuerza de lo débil. No se trata, por supuesto, de sacralizar lo débil, dejándolo donde está, sino de confiar en su fortaleza, tanto humana como religiosa. Más allá de la religión, la conciencia humana, que puede parecer sumamente débil frente a las armas y el poder, ha sido siempre generadora de cambios en la historia de la humanidad.

En el terreno religioso hay sobrados ejemplos, además del de san Óscar Romero, de cómo la resistencia martirial de los indefensos termina venciendo, aunque sea en el largo plazo, a la furia del poder. Las universidades, como productoras de conocimiento y de sabiduría, son clave para que estos no se pongan al servicio de los intereses de los poderosos. Mirar al mundo de las víctimas y a la universalidad del sufrimiento es indispensable para la universidad, si desea ser fiel a sus orígenes. Las universidades nacieron en una época en la cual las dos espadas, el imperio y el sacerdocio, configuraban la sociedad y el poder. Ellas añadieron un nuevo elemento en esa configuración: el conocimiento, producido desde una comunidad de amigos del saber profundamente solidaria.

Las universidades saben bien que los procesos sociales de desarrollo humano avanzan, en general, más lentamente que los procesos personales. Son dos dimensiones que debemos trabajar simultáneamente. Personalmente, podemos vislumbrar un futuro mejor con mucha claridad. Pero el futuro no solo tardará más en llegar que el tiempo que nos tomó concebirlo, sino que siempre llegará con nuevos fallos. Por tanto, habrá que continuar trabajando para superarlos. Desanimarnos porque las cosas no nos salen como soñamos, equivale a detenerse en la tarea humana de desarrollo y humanización plena, a la cual estamos llamados. Las utopías de retorno al pasado o de idealización del presente crean siempre frenos al desarrollo humano. También las utopías del futuro, en la medida en que las absolutizamos, acaban produciendo monstruos.

Mons. Romero nos enseña a combinar la esperanza de un futuro mejor para todos con la actitud de servicio, de reconciliación y de sacrificio generoso en

favor de los débiles. No debemos olvidar que el fruto de los esfuerzos vendrá, ineludiblemente, en la medida en que no sean corrompidos por alianzas que olviden a los más débiles. Tampoco debemos olvidar que incluso el fracaso personal de las propias esperanzas, siempre que mantengamos la fidelidad a sus ideales generosos, forma parte de los cimientos de una nueva humanidad. Resistencia y fortaleza, unidas a nuestra capacidad para sentir con la igual dignidad humana y sus intereses fundamentales, son parte de los valores necesarios para la planificación de un futuro, en el cual la universalización de los derechos y deberes básicos sea la base de una nueva civilización.

Mons. Romero, desde su fe, supo vivir la esperanza de una sociedad reconciliada y generosa, y resistir en ella hasta la muerte. Por eso hoy, unidos a su vida y su ejemplo, continuamos celebrándolo. Su muerte, que en el pasado nos produjo indignación y lágrimas, la recordamos ahora con alegría, porque la vemos desde la fe unida a la pasión y muerte en cruz del Señor. La vemos, en definitiva, como un símbolo de vida y como un impulso vivificante para toda persona de buena voluntad.